

puertas. De vez en cuando se ve a un fotógrafo y a un guardia civil y así sabemos que el ser humano no se ha extinguido. Y después se alternan planos abiertos, otra vez el plano general, otra vez las puertas cerradas.

Este flípe dura hora y tres cuartos. La puesta en escena basada en la duración hace que cada vez que se vuelve al plano de las puertas te estés comiendo las uñas. No hay cansancio sino intriga. Por fin se abren las dos hojas a la vez, muy lentamente, y entre ellas se va ensanchando la columna negra de la oscuridad que hay dentro. La cámara hace zoom para alcanzar a ver lo que sale. Un montón de personas que sacan el féretro a hombros como un ariete inverso.

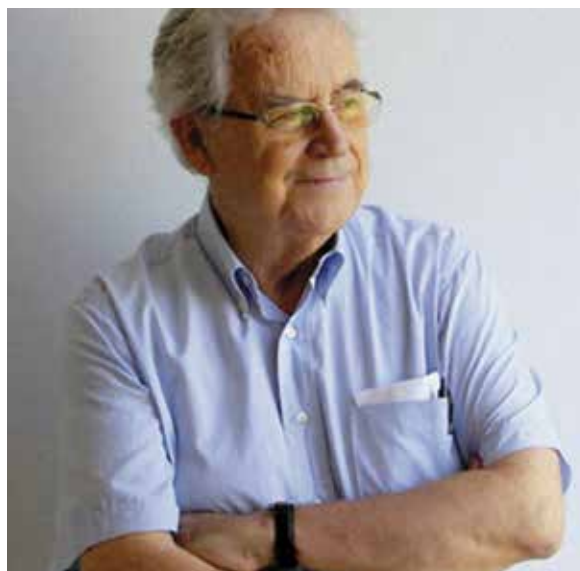
Después de tanta inmovilidad el plano frontal de ellos es violento. Se aprecia el peso, el cuidado que hay que tener, la atención al bajar las escaleras y la entrada del coche, y contrasta mucho con lo mineral que ha sido lo anterior.

Los planos picados de ellos llevando el ataúd al coche bajo el sol parecen de película italiana. Aparecen tres personajes más, que no actúan sino que vigilan, como un coro. No se relacionan con los otros personajes, pero pertenecen al mismo tipo, porque hay dos tipos en esta película. Los costumbristas (funcionarios y periodistas trabajando), por un lado, y los ejecutantes y notarios, por el otro. Cuando el féretro está dentro del coche se oyen las únicas palabras de toda la película (“¡Viva Franco!”, “¡Viva España!”).

Como la acción de las personas es tan leve, o tan ritual, y además van todos de negro, se adjudica desesperadamente a los coches una actitud humana. El primero de ellos espera con paciencia a que se le unan los otros ocho para emprender la marcha hasta el siguiente punto. El trayecto es sorprendentemente corto. Solo servía para llegar hasta el helicóptero curva abajo. Coches y personas se detienen hasta que comienza el traslado del ataúd desde el coche al helicóptero y durante un buen rato asistimos a la operación. No hay ni una elipsis, como no la ha habido hasta ahora. Como no se nos ha ahorrado ni un movimiento, sorprende la aparición de recursos expresivos como el plano de dos figuras reflejadas en la puerta del helicóptero.

Antes de que el helicóptero despegue de nuevo, el escenario ha quedado vacío. Siguen unas vistas del campo y las encinas, de los coches aparcados en una cuneta y de la gente en pequeños grupos. El helicóptero llega y aterriza en un claro, y otra vez las personas se afanan en trasladar el ataúd a un coche, que vuelve a desaparecer en lenta comitiva tras una curva. Y así han extraído lo que estaba incrustado en la sierra. —

BÁRBARA MINGO COSTALES es escritora. Ha publicado los libros de poesía *De ansia de goznes mi alma está llena* (Ediciones del 4 de agosto, 2011) y *Al acecho* (Ediciones Vitruvio, 2013).



Santos Juliá: El hombre tranquilo

JOSÉ ANDRÉS ROJO

Santos Juliá (1940-2019) fue un historiador riguroso y un intelectual decisivo para entender la España del siglo xx.

E

N EL PRÓLOGO que escribió para el volumen sexto de las *Obras completas* de Francisco Ayala, Santos Juliá recuperaba la tarea que alguna vez el intelectual granadino asignó al “escritor público”. Consistía en “rendir testi-

monio del presente, procurar orientarnos en su caos, señalar sus tendencias profundas y tratar de restablecer dentro de ellas el sentido de la existencia humana”. “El escritor no vive en el vacío, sino dentro de la historia y la sociedad”, le dijo también Ayala a Santos Juliá en una entrevista que le hizo en 1992 para la revista *Claves*. Ahora que se ha ido, y cuando los que lo conocieron y leyeron no tendrán ya a mano su palabra y sus artículos de urgencia para manejarse

en un presente siempre confuso y complicado, vienen a cuento las observaciones de Ayala sobre el “escritor público” porque Santos Juliá de alguna manera lo fue a tiempo completo. Y no tanto porque estuviera metiendo todo el día las zarpas en el ruido de la actualidad sino porque su obra entera iba construyéndose en un diálogo fecundo que lograba problematizar cuanto iba ocurriendo.

Santos Juliá se dedicó a la historia, a explorar el pasado, así que anduvo sobre todo ocupado en la reconstrucción de unos hechos que quedaban ya lejos, y que estrictamente hablando resultan siempre un tanto ajenos. Nunca se permitió, sin embargo, el trámite fácil de acomodar sus trabajos sobre lo que había pasado a lo que estaba pasando con la voluntad de “empujar” en alguna dirección, justificar una causa concreta, unas políticas determinadas o la celebración de la (falsa) pervivencia de una esencia inmutable (por ejemplo). La historia es la historia, y el presente es el presente. Fue un historiador riguroso, minucioso en explorar el mayor número de fuentes, atento siempre a la enorme complejidad de factores que influían en cada acontecimiento, resuelto además a procurar el entendimiento de lo que había sucedido, pero siempre pegado a los hechos y escapando de las orejas de cualquier ideología como de la peste. Tan corajudo y valiente fue Santos en el oficio de historiador que operaba con un martillo: para destruir cualquier idea hecha, cualquier cándida explicación de nosotros mismos, para alertar de las trampas de la memoria. Y fue su tremenda brillantez como historiador la que le otorgó autoridad como “escritor público”, el que toma la palabra en el presente. Y asume la enorme responsabilidad de pronunciarse.

Otro historiador, Tony Judt, que con el tiempo terminó también convirtiéndose en “escritor público”, defendía lo “tremendamente importante” que es para una sociedad abierta conocer su pasado. En la conversación que sostuvo con su colega Timothy Snyder (*Pensar el siglo xx*), le dijo: “Un rasgo que tenían en común las sociedades cerradas del siglo xx, ya fueran de izquierdas o derechas, era que manipulaban la historia. Amañar el pasado es la forma más antigua de control del conocimiento: si tienes en tus manos el poder de la interpretación de lo que pasó antes (o simplemente puedes mentir acerca de ello), el presente y el futuro están a tu disposición.” Santos Juliá, el historiador que se volcó en la tarea de comprender lo sucedido en la España del siglo xx (lo que hicieron los socialistas en los años treinta, la llegada de la República, la historia de Madrid, Azaña y su obra, la Guerra Civil y la dictadura, la posición de los intelectuales en la arena política desde las Cortes de Cádiz, etcétera), tomó la palabra en un momento

muy concreto: justo cuando una sociedad cerrada, la del franquismo, podía empezar a convertirse en otra cosa. Es ahí donde entró en escena el escritor público. Santos Juliá no mintió, no manipuló, jamás amañó ningún episodio para sacarle partido, y se lanzó con la mayor independencia y lucidez a intervenir en la Transición y, sobre todo, después: cuando era necesario que la democracia echara raíces, y las fortaleciera.

Lo que hizo Santos Juliá fue establecer un diálogo permanente con su tiempo. A la manera en que puede hacerlo un hombre tranquilo. Sin aspavientos, sin rasgarse las vestiduras, sin reclamar nunca una posición de poder, sin pretensión alguna en proclamarse la voz de nadie. Como un artesano, fue limando cada vez mejor sus argumentos y fue conquistando una escritura precisa y sólida y, al mismo tiempo, transparente y diáfana. Tenía tantos recursos, sabía aproximarse a cada episodio desde lugares tan diferentes, era tan fino para ir levantando capa a capa el embrollo de sus complejidades, que producía asombro y admiración. Durante una larga entrevista que le hicieron en la radio cuando publicó su último libro se podía escuchar, se podía tocar el silencio. Lo mismo ocurría en una conferencia, una clase académica, un seminario, una discusión entre amigos, una conversación en su despacho de la zona de Arturo Soria. El hombre tranquilo hablaba y los demás callaban para no perderse ni una sola palabra.

Cuando se refirió al Azaña de la primera época, Santos Juliá apuntó que se trataba de “un joven pensador preocupado por los problemas de su tiempo, que prefiere una evolución continua y lenta, una reforma suave pero sostenida, como mejor vía para modificar de manera permanente y eficaz la organización de un pueblo, a la transformación que se impone por la fuerza, produciendo trastornos en la sociedad”. El hombre tranquilo recogió esa vocación por la lentitud y la eficacia, en vez de por la precipitación y la chapuza. Y se embarcó en sus escritos, acaso con esa actitud que reclamaba Ayala al escritor público, la de procurar “el sentido de la existencia humana”. Suena demasiado pomposo y grandilocuente, y seguro que al propio Santos no le gustaría, pero hace falta leer el comentario como si estuviera escrito en letras minúsculas. Como si ni siquiera existiera. Fuera, que quede borrado. Pero es lo que supo hacer, darle sentido a esa paciente construcción de la democracia en España, señalando sus dificultades y contradicciones, iluminando sus zonas oscuras y sus “tendencias profundas”, empujando en la buena dirección. Para “procurar orientarnos en su caos”. —

JOSÉ ANDRÉS ROJO es escritor y redactor jefe de la sección de opinión de *El País*. En 2016 publicó *Camino a Trinidad* (Pre-Textos).